

San Claudio de la Colombiere

Respeto humano.

Reflexionando ayer tarde, después de la oración, sobre lo que había casi debilitado mis resoluciones, he reconocido que no he ahogado aún en mí el vano temor de los hombres, quiero decir el respeto humano; y que, aunque gracias a vuestra infinita misericordia, Dios mío, he salido bien en algunos encuentros con la ayuda de vuestra poderosa gracia; reconozco, sin embargo, mi miseria y me persuado que sólo Vos sois el que hacéis todo el bien en mí. Y os ofendería a cada momento, y muy gravemente, si no me dieseis Vos la mano para sacarme del lodazal a que me llevarían mis malas inclinaciones, y donde mi natural, demasiado complaciente, me comprometería si no usaseis conmigo de este dominio que ejercéis sobre todas las criaturas.

Pero, Dios mío, ¿cuántas acciones de gracias no deberé daros por tantos beneficios como me hacéis? Por indigno e ingrato que sea os alabaré, amable Salvador mío, y publicaré por doquier que Vos sois el único que debe ser amado, servido y alabado. Para confirmarme en esta verdad, me habéis hecho ver que el respeto humano nos hace hacer el mal por temor de desagradar a los hombres, nos hace omitir el bien por no disgustarlos y hace el bien para agradarles. En efecto; me doy cuenta de que por no desagradar a los hombres se dan algunas cosas sin permiso, se quebranta el silencio, se oye criticar y murmurar y no se advierte de ello a los Superiores cuando se debe hacer. ¡Cosa extraña! Se prefiere atraerse la indignación de Dios a exponerse a disgustar a un hombre: Cui similem me fecistis? «¿A quién me habéis hecho semejante?» (Alusión a unas palabras de Isaías, XL,18).

¡Confusión, dolor, propósito a la vista de Dios, no obstante sus amenazas y sus promesas! ¿Qué espero yo de este hombre? ¿qué temo? ¿No es verdad que es imposible que no tengamos en la Religión a menudo buenos deseos? Pero es bien extraño, devoto, mortificado? He emprendido ya cierto género de vida; si tuviese que empezar, muy de otro modo procedería; pero pasaría por beato. Gustoso haría esto si me atreviese: Qui me erubuerit coram hominibus. (Luc. IX,26). «El que se avergonzase de mí delante de los hombres». Y lo de santa Frontina: Ita timebat Deum ut ab hominibus timeretur. «De tal modo temía a Dios, que era temida de los hombres».

Tendré yo menos fuerza que el hermano Jiménez, que cuando iba a entrar Jesuita hizo este voto: Promitto tibi, Deus meus, nihil me factutum quod non sit amoris tui causa. Ego enim nescio quo eam ut alicui serviam nisi tibi qui es Deus meus ac Dominus meus? «Os prometo, Dios mío, no hacer nada que no sea por amor vuestro. Pues ¿a dónde iré para servir a alguien, si no es a Vos, que sois mi Dios y Señor?».

Si no estamos alerta perdemos casi toda la vida por el deseo de agradar a los hombres. ¿Qué obligación tenemos para con ellos? ¿qué bien esperamos de

ellos? Más desgraciados somos y más despreciables que los que trabajan para ganar dinero.

Pero, ¡qué error el mío!, estos hombres a quienes tanto y tan locamente temo en la Religión, esperan verme practicar todo el bien que yo temo hacer delante de ellos. Me tratan de loco, e insensato cuando falto; saben que precisamente para ser virtuoso, devoto y mortificado he dejado el mundo y ven que no lo soy. Vaya un extravagante, dice, que se aparta de su fin; si quería vivir así, ¿por qué no se quedó en el mundo, donde hubiera podido hacerlo sin pecar, y en la Religión está con peligro de perderse? Esto es lo que juzgan de mí aquellos mismos cuyos juicios temo. ¿No soy bien miserable, Dios mío, por desagradar a Vos y no agradar a los hombres? Si hiciera por Vos otro tanto, me juzgaríais favorablemente y los hombres no sentirían por mi conducta el desprecio que sienten; pues, al fin y al cabo, todo hombre de buen sentido estima la virtud, aun cuando no la quiera practicar.

**San Claudio de la Colombiere, Obras selectas, Serie Grandes
Maestros Nº 20 (pag. 67- 69)**